Dentro de cinco años*

Dentro de cinco años amanecerá el 12 de Octubre de 1992. La tierra se irá desnudando ante el sol en un despliegue sucesivo de regiones, de climas y de gentes hasta completar la vuelta sobre sí misma. Es lo mismo que simbólicamente ha ocurrido en esta larga jornada de cinco siglos que, a partir de esa alborada, ha presenciado el surgimiento de un nuevo tiempo del hombre.

Todo comenzó con el más afortunado de los viajes. Tres naves, 88 tripulantes y aquel hombre visionario que llevaba tras de sí, sin saberlo, el destino del mundo. La primera impresión fue sorprendente y limitada. Prontamente los europeos se enteraron de que se habían hallado nuevas tierras y nueva gente. No sabían lo que habían encontrado y todavía hoy nos cuesta trabajo darnos cuenta de toda la significación y vastedad del suceso. Lustros pasaron antes de que advirtieran que se trataba de un nuevo continente, nunca antes conocido por ellos. Cristóbal Colón, el Almirante del Mar Océano, creyó haber hallado la ruta de las Indias por Occidente. Buscaba a Asia y llevaba cartas para el Preste Juan de las Indias.

Cuando se habla del Descubrimiento se evoca una efímera impresión primera del hallazgo en las mentes europeas. Lo que había ocurrido en realidad y se ha ido sabiendo, de sorpresa en sorpresa, fue el comienzo de un nuevo tiempo del hombre. Lo que vieron y lo que creyeron ver, lo que buscaban y lo que encontraron, lo que terminó y lo que comenzó, fue un nuevo tiempo para la humanidad entera.

La noticia corrió como una revelación, sirvió de acicate a las imaginaciones y dio pie a los humanistas para reencontrarse con los mitos lejanos de la Antigüedad Clásica.

No ha habido documento más influyente en la evolución de la mentalidad europea que aquella carta del Almirante, que es el acta de nacimiento de una nueva Era.

En sucesivas etapas se fue desplegando la magnitud inabarcable del hallazgo. De las Antillas, con su nombre mitológico, se pasó a la Costa Firme, al Darién, al asombro del Pacífico, a la conquista de México, a la del Perú, a la búsqueda de El Dorado, a la circunnavegación del globo y a la posesión de los dos lagos universales que rodean la nueva tierra prodigiosa.

Tiempo tomó saber lo que habían hallado, si es que hemos llegado a saberlo cabalmente nunca, podía ser el Paraíso Terrenal, la Edad de Oro perdida de la mitología griega, podían ser las Amazonas que buscaron en el más grande río del mundo, y en la vasta costa iluminada que llamaron California y que tuvo que ser California.

* *Discurso pronunciado en el Salón de Actos del Instituto de Cooperación Iberoamericana, de Madrid, el 13 de octubre de 1987.*

Arturo Uslar Pietri (Foto: Jesse Fernández)

Lo que descubrieron, ante todo, fue la posibilidad ilimitada de imaginar. De los escritos de Colón, de Vespucci y de Pedro Mártir de Anglería no sólo surge un anuncio de inagotable novedad, sino una invitación irresistible a la creación intelectual. Va a ser posible hallar, al fin, todo aquello con lo que se había soñado, desde el Jardín del Edén hasta los hombres sin cabeza, desde las tribus perdidas de Israel hasta la Manoa resplandeciente de oro y pedrerías, desde las yerbas alucinógenas hasta la Fuente de la Eterna Juventud.

Marca ese día el génesis de una nueva mutación de Occidente. La lenta elaboración de esa gran cultura, que creció desde el Mediterráneo al Báltico, en el fecundo maceramiento de las herencias griegas, latinas, judías y cristianas, salta al otro lado del mar tenebroso para emprender una nueva etapa de su inmensa creación. Iberos en el Sur, anglosajones en el Norte y la abierta ágora del Caribe a la que convergerán españoles, ingleses, franceses, holandeses, daneses, para formar un insólito Mare Nostrum, trasladan una Europa que va a cambiar de fisonomía y sentido. En el Norte predominará el transplante cercado de las colonias puritanas, en el Sur el encuentro abierto y mutuamente fecundante de las herencias y las culturas distintas.

La línea misma que dividió al Viejo Mundo en dos áreas de la Cristiandad, con dos concepciones del hombre y su destino, se extiende al otro hemisferio, con diferencias y antinomias que surgieron de la historia europea, entre un Norte protestante y un Sur católico, entre una concepción pragmática de la vida, dedicada al trabajo, al ahorro y a las virtudes pacíficas, y otra deslumbrada por la vocación heroica, la concepción trágica y aventurera de la vida y el desdén por la paciente servidumbre.

Al Norte se van a sembrar, con paciente trabajo, las semillas de las que brotarán con el tiempo Montreal, Ottawa, Nueva York, Chicago y Los Angeles. En el Sur se establecerán villas, reinos, universidades, palacios, conventos y una vocación abierta de mezcla de culturas, de la que surgirá una nueva forma de comunidad.

Lo que comienza no es una Nueva España, ni un nuevo Portugal, sino una nueva dimensión de la heredad histórica en otro escenario y con otros actores. Cuando comienza el siglo XVIII, el Nuevo Mundo es el que se ha formado en Iberoamérica y que Europa mal conoce y poco comprende. No sólo una nueva sociedad en una ribera del mar común, sino en las dos riberas. Una comunidad iberoamericana que va a transformar la herencia común y que va a influir en sus dos partes transatlánticas. El día en que el Rey de Portugal instala su Corte en Río de Janeiro, se hace evidente que esa comunidad existe, que no tiene centro privilegiado, y que corresponde a un nuevo tiempo. Si el plan del Conde de Aranda, o algo semejante, hubiera podido realizarse, no habría ocurrido el traumático desgarramiento de la Independencia y la afirmación poderosa de la comunidad iberoamericana no se hubiera retardado en más de un siglo.

Se creó la comunidad por un creciente proceso de intercambio y mutua influencia entre sus dos partes, que abarcó desde la mentalidad y la ley, hasta las costumbres, la alimentación, la economía, la sociedad y la noción de identidad.

Si ese viaje hubiera sido un mero descubrimiento de nuevas tierras y gentes, no habría tenido las descomunales consecuencias que lo caracterizan. Muchas cosas cambiaron para siempre a partir de esa fecha divisoria y otras muchas, que siguen vivas y actuantes en nuestro tiempo, tuvieron su punto de partida allí.

El tiempo de la humanidad separada termina y se adquiere por primera vez la visión global del planeta. La cosmografía de Ptolomeo cae en pedazos, el mar tenebroso se convierte en un camino, el centro del mundo se desplaza del Mediterráneo al Atlántico, todo el globo se llena de caminos de agua y la tierra se hizo una.

Se ha dicho muchas veces que allí comenzó una nueva época de la historia universal, pero habría que decir más, porque con la incorporación activa de cuatro continentes y de los océanos mayores, se produce la universalización de la historia.

Vinieron de todos los sitios imaginables atraídos por la promesa de la inmensa novedad. Oviedo, que los vio llegar, atestigua: «Que ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya cristianos, así de Italia, como de Alemania y Escocia e Inglaterra, y franceses y húngaros y polonios y griegos y portugueses y de todas las otras naciones de Asia y Africa y Europa».

No sólo se conmovió Europa y sus grandes Estados históricos se aprestaron a participar en el aprovechamiento de la nueva oportunidad, sino que pronto, a través del Pacífico, hubo un tráfico con los puertos chinos para ampliar el diálogo de civilizaciones. El Africa, aislada y sin medios de actuar, experimenta duramente el acontecimiento. En un siglo, millones de africanos van a ser traídos, con su carga cultural, para incorporarse con injusticia a las tareas básicas para la formación de una nueva realidad.

Lo que comienza, en verdad, en esa fecha es el rumbo de un Nuevo Mundo. No sólo en el sentido estrecho en que lo nombraban los humanistas de la época, sino en otros sentidos reales, complementarios y creadores.

Hubo, ciertamente, un Nuevo Mundo americano, el que se formó en un desarrollo secular de toma de posesión de la tierra, de convivencia física, de simbiosis de culturas, de mezcla de razas y de mentalidades, de adaptación a nuevas moradas y nuevos interlocutores. Desde ese momento ni el europeo, ni el indígena, ni el africano, pudieron seguir siendo los mismos. Un vasto proceso de mestizaje, sobre todo cultural, se abre desde el primer momento. Lo que surgió no era, ni podía ser europeo, como tampoco pudo ser indígena o africano. Las tres culturas, en grado variable, se combinaron y mezclaron para crear un hecho diferente, todavía no enteramente reconocido ni definido, que se reflejó en todas las formas de la vida, de la mentalidad y de la relación entre las gentes.

Todas las creaciones de mundo han sido cataclísmicas, desde el «bing-bang» de la moderna astrofísica, hasta las inmensas revoluciones de nuestro tiempo.

Tuvo mucho de cataclismo la creación del Nuevo Mundo. Luchas sangrientas, violencia y desgarramientos, situaciones insólitas de transplante y adaptación, muerte y vida, crueldad y grandeza, todo ello hubo de concurrir para que en un desarrollo de menos de un siglo en el enorme y variado escenario de un nuevo continente, hombres distintos y ajenos llegaran a formar un nuevo hecho humano.

Cuando Cortés, con espeluznante convicción, arroja de sus altares las representaciones de las divinidades aztecas para poner en su lugar la cruz y la imagen de la Virgen, realiza un acto de la más extrema violencia física y espiritual. Esa actitud, que hoy nos resistimos a comprender, es la que va a definir el carácter singular del proceso de formación del Nuevo Mundo. No se vino a cohabitar, ni a superponer, sino a fundir, replan-

tar y crear. El cronista sacerdote, Fernández de Piedrahita, expresa con terrible candor el propósito irrenunciable de «la extirpación de la idolatría arraigada por tantos siglos en la barbaridad de los naturales».

La creación del Nuevo Mundo fue cataclísmica y de ella surge un hecho humano nuevo. En menos de un siglo los españoles, los indígenas y los africanos se hacen hermanos en Cristo y descendientes espirituales de Abraham, de Moisés y de los Padres de la Iglesia. Es así como se forma la base principal del rico fenómeno de la simbiosis cultural que le dará una comunidad espiritual a ese nuevo avatar de viejas culturas separadas.

El Nuevo Mundo, con todas sus peculiaridades y matices, se hizo cristiano y parte de la cultura de Occidente, lo que definirá para siempre su identidad y su destino. Así se formó el limo nutricio del que habían de brotar el Inca Garcilaso, Simón Bolívar, Benito Juárez y Rubén Darío.

El 12 de Octubre de 1492 no sólo comenzó un Nuevo Mundo en América, sino que todo el resto del planeta empezó a experimentar el mayor cambio de toda su historia.

Los historiadores de la ciencia, del pensamiento, de la economía y de la sociedad, han dicho la inmensidad de esas novedades.

En el nacimiento del capitalismo financiero y de los modernos sistemas monetarios está la avalancha de metales preciosos americanos. Miles de toneladas de oro y plata desbordaron el marco estrecho de las transacciones medievales para crear un mercado financiero transnacional.

El desarrollo de la población de Europa, que hizo posibles las grandes concentraciones urbanas, la consolidación nacional y el desarrollo posterior de la revolución industrial, tiene en su base no sólo una ampliación mundial del mercado, sino el cese definitivo de las hambrunas que habían diezmado a la gente europea durante siglos. Algunos protagonistas no-humanos del hecho americano, como el maíz y la papa, explican y determinan este hecho. Desde los hábitos alimentarios hasta los usos sociales se transforman con la presencia del tabaco, el cacao, el caucho, la quina, el palo Brasil. Esa guacamaya roja y ese indio emplumado, que aparecen en la abigarrada decoración de los pintores barrocos, anuncian espectacularmente esa presencia definitoria.

Porque surge la noción de América y de su novedad va a cambiar la ciencia y el pensamiento de Occidente. La visión misma del planeta y del cosmos tiene que abandonar la ingenua máquina cosmológica de Ptolomeo para aceptar la concepción heliocéntrica del sistema planetario, con todas sus inmensas consecuencias de todo género.

Los nuevos climas, los nuevos cielos, la realidad de los Antípodas, la inagotable variedad de plantas y animales nunca antes conocidos, van a provocar dudas y debates y a conducir a nuevas concepciones. ¿Estuvieron aquellos animales desconocidos en el Arca de Noé, y, si lo estuvieron, cómo llegaron a desaparecer del Viejo Mundo?

Los avances de la ciencia en el siglo XIX muestran raíces americanas. El libro de Acosta, el viaje de Humboldt, la llegada del *Beagle* a la costa austral americana y a las Galápagos, son los antecedentes decisivos de la formulación de la doctrina del origen de las especies por Darwin.

La idea de Independencia y la de revolución, que han dominado la historia del mundo moderno tiene su origen en la experiencia americana. La utopía es americana. La carta

de Colón y las publicaciones de los primeros divulgadores del hecho van a sacudir el pensamiento europeo. Se ve claro en Montaigne el efecto devastador de aquella revelación mal comprendida.

El libro de Tomás Moro es, paladinamente, la consecuencia ideológica de la primera visión del mundo americano. Moro, canciller y santo, mira con repugnancia el cuadro de su Inglaterra contemporánea. La pobreza, la injusticia, la guerra, el odio, las luchas de poder no han servido sino para engendrar infelicidad para todos. Rafael Hitlodeo, su protagonista, le confirma lo que Colón y Vespucci habían anunciado, que había otro mundo donde los hombres vivían en la paz, en la abundancia, en la justicia y en el bien. La conclusión era inevitable, los europeos, en muchas formas, habían extraviado el camino y se habían condenado a vivir en una forma de sociedad abominable.

Hace años el historiador de las ideas Paul Hazard habló con mucha autoridad, a este respecto, de la crisis de la conciencia europea, que no es otra cosa que la desgarrada y dolorosa reflexión que sobre la propia condición la visión del buen salvaje plantea a los pensadores del Renacimiento. De esa contradicción fundamental entre lo existente y lo posible se va a nutrir el pensamiento revolucionario que culminará en la Ilustración con Rousseau y los Enciclopedistas, y con el gran rito bautismal y sangriento de la Revolución Francesa. En esta forma, Robespierre, Marx, Lenin y Mao son los extraños epígonos de la reflexión sobre el Descubrimiento.

Ha predominado la tendencia a considerar la historia de las ideas políticas desde una perspectiva europea. Sin embargo, la primera vez que se plantea la idea de Independencia y que en un documento histórico fundamental se invocan como verdades evidentes e irrefutables que «todos los hombres nacen iguales, que han sido dotados por su creador de ciertos inalterables derechos, entre los que están la vida, la libertad y la busca de la felicidad», ocurre en tierra americana y es allí también donde, en el Preámbulo de la primera Constitución escrita del mundo, aparece un personaje que asume su insólita presencia con estas palabras que tanto habían de resonar en todos los rincones de la tierra: «Nosotros el pueblo...».

Nada de lo que existe hoy como civilización, como política, como pensamiento, no es consecuencia, en alguna forma, del gran suceso que tiene como punto de partida el viaje colombino. Desde las artes hasta las ciencias, desde las ideologías hasta las costumbres, desde la noción del universo hasta el concepto mismo de humanidad.

Reducirlo a un solo aspecto, simplificarlo en una de las infinitas facetas que revistió y sigue revistiendo, en un suceder que alcanza al medio milenario, es condenarse a no comprenderlo. Rebajarlo a las elementales nociones de un descubrimiento y una conquista es mutilarlo y deformarlo hasta hacerlo irreconocible. Descubrimiento hubo, ciertamente, de una manera transitoria y parcial, conquista también con todas las terribles, inhumanas o demasiado humanas, consecuencias, pero esto no fue sino parte, acaso necesaria e inevitable, de un inmenso proceso que no tiene paralelo en la historia.

Hubo una cruenta etapa de conquista. Esta sola palabra despierta atroces evocaciones en la memoria de los pueblos, particularmente de los más débiles, pero también junto al hecho, que desgraciadamente no fue el primero ni el último, de imposición por la fuerza de una nación sobre otras, fue, egregiamente, la ejemplar ocasión en la historia

en la que una potencia conquistadora se detiene en su ímpetu para reflexionar sobre la legitimidad y justicia de lo que está haciendo.

El debate de Valladolid, en 1552, y las disposiciones reales que se derivaron de él, constituyen la primera ocasión en que un gran poder expansivo hace alto para resolver problemas de justicia y de conciencia que el hecho le plantea. Es allí donde, por primera vez, se proclama al más alto nivel de Estado que «todas las gentes son naciones», que todas las naciones tienen derechos que deben ser respetados y que constituyen una comunidad internacional y, lo que no es menos importante, que aquellos remotos y desconocidos indios tenían por ser hombres los mismos derechos de los conquistadores. ¿Habrá algún ser humano hoy en la tierra que esté dispuesto a desconocer y rechazar esa herencia?

La humanidad en pleno es la que ha de convocarse a sí misma para conmemorar con toda dignidad los cinco siglos de esa fecha simbólica en toda la plenitud de sus significaciones, sin excluir ninguna de ellas, y sin tampoco reducirla a una sola de sus peculiaridades.

A las alturas del 12 de Octubre de 1992 ya no pueden sonar tanto a hipérbole las palabras iluminadas que el clérigo historiador dirigió a Carlos V, al borde de la blasfemia: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo».

Arturo Uslar Pietri